

TELERAS

Memoria del monte quichua.

Los destinos del monte

Ricardo Paz

Los destinos del monte

Ricardo Paz

Otros sembraron para mí:
yo siembro para otros por venir.
(Proverbio)

Hace ya más de mil años, sentada a la sombra de un gran algarrobo, una mujer hila. No sabe de su contemporánea europea, que vive en una aldea de la Baja Edad Media, ni imagina a los incas que llegarán en cuatrocientos años, trayendo el quechua, ni tampoco a los españoles que vendrán cinco siglos después, con otros tipos de lanas y telares.

Mil años después, otra mujer, también bajo la sombra verde de un algarrobo, sigue hilando. En el silencio manso de la tarde, lo que une a ambas mujeres no es el hilo ni la historia, sino la sombra y el algarrobo.

El paraíso criollo

El monte santiagueño forma parte del único bosque seco subtropical del planeta, que se extiende desde el sudoeste del Chaco argentino hasta territorios de Paraguay, Bolivia y Brasil. Abundan en él numerosas especies de árboles, todas adaptadas a la escasez de agua. Los quebrachos y los algarrobos, junto a los mistoles, los itines y, más al norte, los lapachos son sus especies emblemáticas, bajo las cuales se desarrolla un sotobosque denso y espinoso. El monte fue siempre pródigo y fecundo. Acompañando al eterno maíz americano, los frutos del mistol y de la tuna, las vainas del algarrobo y del chañar y, fundamentalmente, la miel silvestre han sido desde antiguo el alimento básico de sus habitantes. Quirquinchos, conejos, vizcachas y hasta jabalíes y guazunchos nunca faltaron en las ollas del guiso criollo. El monte proveía además iguanas, lampalaguas, tortugas y suris, aprovechados de modos diferentes, y abundaban en él zorros, pumas, y osos meleros y hormigueros, a los que se sumaban los peces de los ríos mayores. En suma, un ecosistema único y maravilloso.

Los rastros de la historia

Hace varias generaciones que los habitantes del monte no son indios sino criollos, pero desde siempre el monte fue mestizo. Muchos siglos antes de la llegada del hombre blanco ya convivían en él pueblos de los más diversos orígenes, atraídos por la fértil mesopotamia formada entre los ríos Dulce y Salado.

El monte fue tierra de frontera entre el mundo andino, el Chaco y las sierras; los lules –uno de los grupos instalados allí– recibieron las presiones de pueblos que avanzaban desde el este, y es posible que hayan hecho de freno a la expansión inca procedente del norte.

A ese crisol de razas precolombinas, se sumaron a mediados del siglo XVI los españoles, que se asentaron a orillas del río Dulce, desde donde emprendieron la conquista del territorio y la fundación de ciudades en el noroeste de la actual Argentina.

Los españoles trajeron en su sangre y su cultura la impronta de siete siglos de dominación islámica. Es difícil sostener que no hubiese moros ocultos entre aquellos valientes. Aprovechar la norma islámica que permite a un musulmán amenazado de muerte negar su religión fue, para muchos de ellos, un modo eficaz de eludir las políticas de la intolerancia religiosa. Moros y judíos que no aceptaban la opción de convertirse al cristianismo o retornar al norte de África se embarcaban en la aventura del nuevo mundo; proporcionaban así mano de obra calificada a los adelantados, que asumiendo el riesgo de no denunciar por herejes a los falsos conversos, podían contar con ellos en una asociación de mutua conveniencia. La particular semejanza entre aquellos jinetes del desierto bereber y los gauchos criollos de la infinita llanura pampeana –en sus costumbres y hábitos sociales, en su marginalidad y aislamiento, en su relación con el caballo, en sus formas de alimentación y vestimenta– ya ha sido largamente señalada en distintos estudios.

Con los españoles llegaron también los jesuitas. Su vital influencia aún perdura en Santiago del Estero, y es parte de la fabulosa herencia que los padres de la Compañía dejaron en nuestra tierra. Instalados definitivamente desde el año 1553 en donde hoy se emplaza la ciudad de Santiago del Estero, los jesuitas aprovecharon la pericia textil de los pobladores originarios y organizaron admirablemente una industria cuya magnitud permitió al obispo Vitoria llevar a cabo, apenas 33 años después, la primera exportación desde estas tierras. La producción textil se desarrolló a lo largo de casi todo el período colonial, si bien luego de la expulsión de la orden en 1767 quedó confinada a una economía doméstica y campesina.

Trazas de gentes de un origen diferente, pero también traídas por los europeos, aparecen veladas entre los pliegues de nuestra identidad. Un censo realizado apenas creado el Virreinato del Río de la Plata muestra que hacia 1778 más de la mitad de la población de la actual provincia de Santiago del Estero era de origen africano. Se revela así otro importante aporte, que aunque sistemáticamente negado, permanece inocultable en el ritmo y en los bombos de la más común de las chacareras.

Sumándose a este rico mosaico de influencias, a finales del siglo XIX, tras siglos de dominación colonial hispana y ya bajo la bandera de la joven nación argentina, llegó al monte la revolución industrial de manos del Imperio Británico. El hasta entonces impenetrable, el gran Chaco al norte del río Salado, sucumbe bajo las vías del ferrocarril. Alejándose de las antiguas poblaciones ubicadas sobre las márgenes de los ríos, las compañías inglesas y francesas conquistan el país de la selva llevando el agua en sus trenes.

A lo largo del tendido ferroviario, y aprovechando la política de conquista del territorio indio que dicta el gobierno central desde Buenos Aires, comienzan los desmontes. Así nacen innumerables parajes, pueblos y colonias que cambian para siempre la fisonomía de la provincia. Esta, como la Argentina toda, ingresa esperanzada en la ilusión del siglo XX.

Un mundo de adobe

La gente del monte vive hasta el día de hoy en parajes en medio de lo que queda de aquella naturaleza, alejada de los pueblos y ciudades de la provincia, en una llanura de monte, salinas y desierto. Adaptadas desde siempre al calor y a la aridez –hay períodos de absoluta sequía– estas poblaciones se encuentran desperdigadas, distantes entre sí 10, 20 o 30 kilómetros, y sin nada más entre medio que tierra yerma, cardones y monte salvaje. En estos caseríos viven unas pocas familias, reunidas alrededor de un pozo de agua dejado por algún obraje de principios de siglo o de algún cruce de río, ya señalado desde los tiempos del virreinato cuando el Camino Real comunicaba el Alto Perú con Buenos Aires.

Sunchituyoj, Sabagasta, Rumi, Vaca Huañuna, Toropan... En estos parajes con nombres de orígenes diversos a veces se encuentra una escuela y con suerte alguna posta sanitaria. Entre sus 20 o 30 casas, comunicadas por una huella de sulky, suele haber unos centenares de metros de monte limpio, con los corrales para los animales domésticos, cercos y sembrados.

Las casas son de adobe, con piso y techo de tierra. Vistas de lejos, apareciendo en una súbita abra del monte, resultan formas bellas y espontáneas perfectamente integradas al paisaje. Sus paredes están formadas por una estructura de palos –rellenados sus intersticios con una mezcla de barro y pasto–, y terminadas con un revoque de adobe grueso primero y fino después. Esa misma terminación aparece en el cielo raso, entre las varas del techo, y conforma, junto con el piso de tierra apisonada, un ambiente fresco de tierra y madera.

El techo se sujeta con varas de quebracho blanco sobre horcones de quebracho colorado. Estos pilares con terminación de horqueta permiten la sujeción de las soleras, vigas centrales de quebracho blanco sobre las que se apoyan las varas. Sobre estas, una cama de cañas, luego de ramas y finalmente de pasto y tierra permitirá que se conserve el fresco de la noche durante las inclemencias del sol del mediodía. Pequeñas aberturas para que apenas corra el aire tórrido y una buena puerta de algarrobo completan una vivienda básica que siempre debería estar cerca de la sombra de un árbol añoso.

La vida en estas casas sucede casi toda afuera, bajo el alero que las rodea y que consiste en una ramada con la misma terminación, sin paredes, aunque ocasionalmente alguna lateral pueda servir de protección para el viento y genere un espacio para la cocina, con su hogar y chimenea. El alero es el límite mismo de la intimidad y bajo su sombra el forastero será siempre bien recibido. Hasta ahí afuera el mundo es de los hombres, y el monte y sus animales continúan presentes en las herramientas de madera y cuero. Ya dentro de la casa comienza el mundo de la mujer. En la penumbra interior, lo femenino se hace arte en las sobrecamas de lana criolla.

Las obras de la gente

El mobiliario es de una sencillez esencial. Una mesa de algarrobo, un par de sillas y algún sillón en madera de chañar o huiñaj con asiento de cuero entero o trenzado, junto a una cama o un catre y algún arcón o alacena completan el ajuar indispensable. Alguna silla matera con su mesita estará a mano para acercarse al fogón a matear al inicio o al final de la jornada, o para ofrecer asiento al ocasional visitante, siempre bienvenido en medio de aquellas soledades.

La gente del monte, desconectada por razones de distancia y de economía de la sociedad de consumo, produce para sí sus elementos de uso cotidiano. Como las sierras están lejos, no hay rocas. Muchos de sus variados enseres, realizados artesanalmente, son de madera y cuero. Los metales son escasos, apenas limitados al hierro de alguna herramienta o artefacto llegado del mundo externo. Es un mundo de tracción a sangre, sin electricidad y sin máquinas; un mundo, en su armonía, capaz del más profundo silencio. Allí la moneda como valor de intercambio es de menor importancia que la solidaridad: la minga –una herencia cultural incaica– es el acuerdo tácito de contraprestación de favores. El “hoy por ti, mañana por mí” surge como respuesta humana elemental frente al poder de una avasallante naturaleza.

La madre tierra

En aquella tierra de montes y desiertos es fácil perderse en un continuo laberinto de huellas que desembocan en la nada, y vagar días y kilómetros en un asombro que jamás interrumpe ningún alambrado. No es que la tierra sea de todos; sucede que la tierra no es de nadie.

El abandono de los gobiernos de turno y de los señores de las grandes ciudades hicieron del monte santiagueño una oquedad, un islote de árboles olvidado en medio de un país agrícola-ganadero, durante casi todo el siglo XX. Cuando los ingleses se retiraron de las explotaciones forestales, hacia la primera mitad del siglo, los campos quedaron en manos de sus socios de la gran ciudad.

Enormes extensiones de tierra pasaron entonces a servir como papeles, meros títulos para refrendar un crédito bancario; sus nuevos propietarios jamás las trabajaron, ni mucho menos conocieron y amaron. Tampoco, por cierto, pagaron los impuestos correspondientes, y así se llegó a la ambigua situación actual, con tierras de un status cuasi fiscal, pobladas por los descendientes de aquellos obrajeros que trabajaban en los quebrachales de principios de siglo. Son ya varias las generaciones nacidas y criadas en esos montes, aún sin títulos habilitantes pese a sus indiscutibles derechos. Aislados de toda mirada, esos pobladores conservaron hasta nuestros días sus tradiciones rurales y su estilo de vida, sin otra amenaza que alguna sequía feroz o algún desborde imprevisto de los ríos, cuyos cauces y caudales manipulaban los técnicos de las ciudades ubicadas aguas arriba.

La trama de la identidad

Con la llegada de los trenes, las teleras absorbieron todas las novedades del cambio de siglo, e influenciados por el orientalismo de los diseños victorianos, sus trabajos se llenaron de curvas y flores. Con el correr de los años, la fuerza de aquellos primeros y originales diseños de la tierra terminó diluyéndose, y el arte de las teleras prácticamente desapareció en el olvido junto con el monte que las inspirara durante, por lo menos, un largo milenio.

Sucedió además, que a lo largo del todo el siglo XX, junto con el progreso, llegaron los materiales plásticos. Cualquier frazada de fibra sintética fue entonces mejor que la de lana tejida por la abuela.

El diseño intrincado y los colores vivaces dejaron de ser los del recuerdo del hogar familiar para pasar a ser los del recordatorio vergonzante de la pobreza rural. Los esfuerzos de la telera al esquilar, cardar, hilar, teñir y tejer pasaron a ser “zonceras de la vieja” y su labor dejó de ser descripción de un mundo y ejemplo de respetable sabiduría para ser “pavadas de alguien que no entiende los tiempos modernos”.

Aunque parezca increíble, muchas de las piezas que se presentan en este libro fueron halladas como cierre de gallineros o cubriendo animales en un establo, o bien olvidadas en un viejo arcón abandonado a las ratas en alguna tapera, y entregadas con el mismo desapego con que cualquiera daría un trapo viejo, sucio e inservible. Algo sin ningún valor, apenas un vestigio de un mundo antiguo y despreciable, irremediablemente condenado al olvido.

Hemos conocido niñas en el monte a las que les daba asco tocar la lana, pues sentían que tocarla implicaba contaminarse de un mundo sucio y detestable.

Ahora bien, ¿qué mundo era ese?, ¿qué simbolizan esos textiles en el mundo de la telera? Identidad y recuerdo del origen: la abuela hacía eso. Esa era su obra, igual que la silla, la mesa, el lazo y el apero eran la obra del abuelo. El tejido que la telera le regala a su hijo o a su hija, cuando se casa o cuando simplemente se va, es para que se lleve el recuerdo de su casa, de su familia y de su monte; no es solo para que se abrigue el cuerpo, sino para que se abrigue el alma con la memoria de su hogar y de su tierra.

A nosotros, habitantes del nuevo milenio, estos tejidos nos remiten a una identificación más esencial: nos recuerdan no solamente un estilo de vida más natural, sino a la naturaleza como condición imprescindible para que toda vida se desarrolle. Ese asombroso monte del cual nos llegan estas piezas es fuente de unión y contacto con nuestras raíces más profundas, no solo las de nuestra historia, sino también aquellas que nos conectan con nuestro origen natural, como habitantes de un planeta incontaminado.

Los frutos de la ignorancia

Nuestra generación carga hoy con la vergüenza ante nuestros descendientes de ser testigo y cómplice silenciosa de la destrucción del monte santiagueño. Donde hubo árboles, les estamos dejando cenizas de carbón, rastrojos de soja, desiertos de sal. La estrategia nacional agropecuaria de extender la Pampa húmeda arrasando millones de hectáreas de monte nativo es una torpe demostración de nuestra ignorancia humana. La siembra sobre los escasos residuos orgánicos apenas sí sirve para unas pocas cosechas antes de que el suelo se consuma, se lave o, sencillamente, sea llevado por el viento.

¿Qué razón puede invocar un Estado de menos de doscientos años de edad para avalar la destrucción en menos de un siglo de toda la naturaleza de una región, millones de hectáreas de un bosque varias veces milenario?

Tampoco se puede dejar toda la situación en manos del Estado. Es iluso esperar una mayor conciencia o suponer que, aun con voluntad, este tenga la capacidad de detener los destrozos. Las autoridades rara vez se ocupan, y generalmente, cuando lo hacen, lo hacen tarde y mal. Con una ley de bosques que casi nadie respeta, no hay denuncia que sirva ni condena que castigue.

El monte, en su humildad, no ha recibido, hasta ahora, ni el interés de la prensa ni la defensa de los intereses del turismo, a diferencia de la selva amazónica, las playas tropicales o la Patagonia.

Hacia principios del siglo pasado, cuando los trenes precisaron sus durmientes y los alambrados sus postes, el monte proveyó madera y jornaleros para la conquista de la Pampa y de la Patagonia. En esa gesta fundacional para la Nación Argentina, el monte fue la materia prima del progreso. Desde siempre, sus hombres han debido vender postes y quemar carbón, pero lo han hecho como último o único recurso para su subsistencia. Mientras la tala avanzó a ritmo de hacha y aun de motosierra, las que caían eran solo las especies más nobles. Los altos quebrachos y los viejos algarrobos sucumbieron primero, pero después hasta los más jóvenes itines cayeron en la volteada. No se sabía de ecología, no se veían las consecuencias, y el monte parecía inagotable.

Hoy la situación es diferente; el monte está siendo arrasado al ritmo atronador de las topadoras: las consecuencias se ven y nadie debería hacerse el distraído. De aquel fecundo bosque de principios del siglo XX apenas si queda en pie un treinta por ciento, y la deforestación no se detiene. Ahora el progreso pide campos para la soja, como antes pidió carbón para la industria, postes para los alambrados, durmientes para los ferrocarriles o tanino para los cueros. Por aprovechar la oportunidad en la demanda de soja, en la última década se triplicó la superficie de bosques nativos arrasados, y en ese contexto la Argentina se destacó por haber desmontado tres veces más que la media internacional. No se puede responsabilizar al campesino, que a veces, ante la necesidad, se ve obligado a vender hasta la sombra de sus patios, ni menos aún al jornalero que maneja las topadoras. El verdadero responsable es el que sin aparecer por allí manda las máquinas, y al que no le importa otra cosa que su mezquino negocio.

Casi veinte años de convivencia nos permiten afirmar que la mayor demanda de la gente del monte es la de trabajo. Ante la falta del sustento diario, resulta difícil convencer a alguien de las ventajas a largo plazo de la educación. Cuando la única oferta laboral es la del desmonte, al jornalero no le queda otra opción que aceptar la dignidad del pan de hoy sin pensar en el hambre de mañana. Sabe que cuando ya no haya monte para sus rebusques, frente a la irrevocable industrialización del agro no le quedará otra salida que el destierro a los pueblos o a los cordones suburbanos de las grandes ciudades, con sus indignas consecuencias.

El otro destino

No deberíamos permanecer indiferentes o aceptar resignados este destino de desaparición del bosque nativo. La única posibilidad de preservar estos montes parecería ser la compra de tierras por organizaciones ambientalistas o por capitales privados en manos de hombres conscientes. Visionarios con templanza y tenacidad, capaces de comprender la urgencia de detener los desmontes y de enfrentarse al histórico desgobierno del Estado, con sus trabas burocráticas, sus leyes con mentalidad de corto plazo y su anárquica ambigüedad.

En el proceso de protección del monte, y como modo de sustentar su reforestación, seguramente surgirán ideas que incluirán el turismo selectivo y la explotación racional de la inmensa riqueza orgánica. En este camino debería lograrse el apoyo de organizaciones no gubernamentales y fomentarse la formación de otras más que se dediquen a esta tarea en una íntima colaboración con los pobladores, pues es difícil pensar en nadie más entendido para cuidar estos montes que las gentes nacidas y criadas en ellos.

La producción artesanal es, sin duda, otro modo de sustentar parte de este enorme desafío.

Frente a la rica tradición –los lujos– de los trabajos de la madera y el cuero, que son esencialmente

masculinos, la producción textil tiene la ventaja de nuclear a toda la familia en torno del telar y de la telera. Todos pueden tejer. Y desde las más ancianas hasta los más pequeños, todos pueden hilar, cardar, torcer y enmadejar, y los hombres no solo ocuparse de la majada y de la esquila, sino además de la construcción de los talleres, con sus telares e instrumentos de madera.

«Ama sua, ama llulla, ama qella»

No ser ladrón, ni haragán, ni mentiroso, decían en quechua las gentes de antes. En este mundo global, tecnológico y ultra competitivo, la mejor defensa para la gente del monte está en la sabiduría sachera y montaraz de su cultura. Lo cierto es que para defenderla deberán quedarse en ese monte que no quieren dejar, y lograr, además, protegerlo.

También ellos tienen parte de responsabilidad en esta situación extrema y deberán reconocer y aceptar que el monte ya no es inagotable. “Lo están terminando”, dicen sombríos, pero muy pocos de ellos siquiera replantan especies nativas en sus patios. El recurso fácil de esperarlo todo del Estado, o del patrón de turno, termina, la mayoría de las veces, dejando su suerte librada a las decisiones de otro y no a su propio esfuerzo.

En su momento también los campesinos del monte santiagueño deberán renunciar a la aprendida comodidad del asistencialismo y asumir su parte de responsabilidad social. Si quisieran llevar a cabo esta gigantesca tarea de salvar el monte, deberán organizarse y sus líderes desarrollar disciplina y rigor profesional. Ante la pregunta de si podrán o si valdrá la pena, deberán responderse con honestidad y reconocer la irrefutable contundencia de las topadoras que avanzan sobre los últimos refugios de su milenario paraíso.

Este libro es nuestra piedra de David.

Con él nos enfrentamos a las topadoras.

Estos textiles son hoy nuestra bandera.

Si el milagro ocurriese, será para los habitantes del monte el tiempo de cuidar lo reconquistado. De ellos dependerá entonces, de su voluntad y de su compromiso. Del orgullo por su cultura y del amor por su tierra.

Son ellos quienes deberán lograr que quizá dentro de cien años una niña siga hilando bajo el arrullo dulce de un perfumado algarrobo.